

Cristo, la omnisciencia, la omnipresencia y la pedagogía moral de la Encarnación en la tradición tomista

Según la tradición católica y, en particular, la teología tomista, Jesucristo, por ser el Verbo encarnado, posee plenamente los atributos propios de la naturaleza divina, entre ellos la **omnisciencia** y la **omnipresencia**. Sin embargo, la forma en que estos atributos se manifiestan en la vida terrena del Cristo histórico se encuentra mediada por la **naturaleza humana verdadera** que asumió. La teología de Tomás de Aquino articula este misterio sin reducir la humanidad de Cristo ni diluir su divinidad, manteniendo así la integridad metafísica de la unión hipostática.

1. La omnisciencia de Cristo y los modos de conocimiento humano

Tomás afirma que Cristo posee tres formas de conocimiento en su alma humana:

1. **ciencia beatífica**, visión inmediata de lo divino;
2. **ciencia infusa**, que le comunica todos los contenidos necesarios para su misión;
3. **ciencia adquirida**, propia del operar humano.

Cristo, en cuanto Dios, es omnisciente; pero en cuanto hombre, su inteligencia actúa de modo finito. La unión hipostática permite que Cristo **pueda saberlo todo**, sin requerir que su entendimiento humano actualice todo ese saber en cada acto concreto. Esto posibilita su experiencia pedagógica de crecimiento, aprendizaje y diálogo.

2. La omnipresencia divina y el episodio de Natanael

La naturaleza divina de Cristo permanece siempre omnipresente. Aunque su cuerpo humano está circunscrito por el espacio, el Verbo eterno no lo está. En el episodio de Natanael (Jn 1,48):

“Antes de que Felipe te llamara, cuando estabas bajo la higuera, te vi”.

la tradición interpreta que Cristo ve a Natanael **no por percepción humana**, sino por su omnipresencia divina. La exégesis patrística y escolástica explica estos fenómenos mediante una iluminación espiritual semejante a un “*rayo de luz*” que abarca todo sin mediación local.

Este episodio confirma que la Persona que actúa es divina y omnipresente, aun cuando obra a través de una naturaleza humana verdadera.

3. La pedagogía de la Encarnación: la primacía de la voluntad sobre el conocimiento

La autolimitación funcional de Cristo sirve a un propósito moral y soteriológico: mostrar que la perfección de la vida cristiana no consiste en la posesión de todos los conocimientos, sino en la rectitud de la voluntad.

En la visión tomista:

- los errores del entendimiento son menos graves que los de la voluntad;
- la ignorancia disminuye la culpa;
- la mala voluntad, en cambio, es el núcleo del mal moral.

Cristo manifiesta con claridad que la participación en la divinidad se realiza **por la libre subordinación de la voluntad al bien**, es decir, por la razón práctica y por el amor, no por la acumulación de verdades especulativas.

4. La posibilidad de experiencias no-espaciales en la creatura humana

Como Cristo realizó actos que trascienden el espacio (como ver a Natanael sin percepción sensorial), y lo hizo **poseyendo plenamente la naturaleza humana, con su corporalidad**, la tradición concluye que:

- la naturaleza humana *no es intrínsecamente incompatible* con experiencias que exceden el marco espacial ordinario,
- aunque tales experiencias no sean naturales al hombre, sino propias de la gracia o de la participación en la vida divina.

Así, la Encarnación muestra que lo humano puede abrirse, por elevación, a modos superiores de conocimiento sin perder su finitud ni su corporeidad.

5. La inferioridad moral de la experiencia científica respecto de la razón práctica

Con todo lo dicho, se ilumina un punto decisivo: **las experiencias científicas**, aun siendo valiosas en su orden propio, poseen una cierta *concupiscencia material*. Esto significa que:

- dependen de los sentidos,
- se hallan condicionadas por la facticidad corporal,
- están expuestas a la variación, la incertidumbre y los límites de lo empírico,
- y se orientan naturalmente hacia lo sensible como a su materia.

Por esta razón, en la jerarquía tomista del conocimiento, las experiencias científicas ocupan un nivel inferior al de la **razón práctica**, cuyo objeto es el bien, y al de la **ley moral**, cuya normatividad es espiritual, universal y no empírica. La ciencia busca hechos; la razón práctica busca el bien; la ley moral fija el orden mismo del ser humano en su vocación divina.

Cristo, al vivir plenamente una naturaleza humana y revelar simultáneamente el operar de su naturaleza divina, demuestra que:

- **la plenitud del hombre no consiste en saberlo todo, ni en percibir más allá de lo normal,**
- sino en **querer el bien perfectamente, conforme a la ley moral inscrita por Dios en la razón práctica.**

Las capacidades extraordinarias de Cristo no confieren valor moral por sí mismas; la perfección moral proviene de la rectitud de la voluntad, y solo secundariamente del conocimiento. La ciencia, por más amplia y precisa que sea, jamás eleva por sí sola al ser humano al orden de la divinidad; la voluntad obediente y la caridad, sí.